

# ¿QUÉ SIGNIFICA “SANTIFICAR EL TRABAJO”?

José Luis Illanes

**Summary:** The sanctification of work amidst the world is one of the cores of the spiritual message of Blessed Josemaría. This triptych means that work is one of the axes in the life of those called upon to sanctify themselves in and through temporal realities. The author referring to the ideal of the sanctification of work, points at four major aspects: human perfection and professional competence, spirit of service, conscience development, and, finally, awareness of the nearness of God and a contemplative attitude.

**Key words:** saintliness, work, sanctification of work, spirit of service, human perfection, professional competence.

**Résumé:** Sanctifier le travail dans le monde est au cœur du message spirituel du Bienheureux Josemaría. Cela signifie que le travail est un des axes dans la vie des êtres humains appelés à se sanctifier dans et à travers les réalités temporelles. L'auteur de l'article met en relief quatre aspects de l'idéal de la sanctification du travail : la perfection humaine et la compétence professionnelle, l'esprit du service, la formation de la conscience et, enfin, la conscience de la proximité de Dieu et l'attitude contemplative.

**Mots clés:** sainteté, travail, sanctification du travail, esprit du service, perfection humaine, compétence professionnelle.

“Santificar el trabajo, santificarse con el trabajo, santificar a los demás con el trabajo”. Con esta frase, muchas veces repetidas, el Beato Josemaría Escrivá aspiraba a sintetizar uno de los núcleos fundamentales de su mensaje espiritual. Más concretamente, la afirmación decisiva según la cual los cristianos corrientes, los hombres y las mujeres llamados por Dios a santificarse en medio del mundo, deben buscar la santidad no de espaldas a las realidades propias de la ordinaria condición humana y, concretamente, al trabajo que esa condición comporta.

No es nuestra intención analizar esa frase y, menos aún, glosar todo su contenido<sup>1</sup>. Sino, más sencilla y limitadamente, situarnos ante el primer elemento de los tres que la componen –santificar el trabajo– e interrogarnos sobre el sentido preciso de la expresión. La frase misma pone, por lo demás, de manifiesto que la expresión “santificación del trabajo” puede ser usada, y lo es de hecho, en dos sentidos:

a) Un sentido amplio, que abarca los tres elementos del tríptico enunciado por el Beato Josemaría, considerándolos en unidad. Desde esta perspectiva, hablar de santificación del trabajo equivale a decir que la busca de la santidad, en quienes están llamados a santificarse en y a través de las realidades

temporales, no sólo dice referencia al trabajo –y a la vida ordinaria de la que el trabajo es pieza constitutiva<sup>2</sup>–, sino que tiene en ese trabajo uno de sus ejes. Intentar analizar lo que implica la expresión “santificación del trabajo”, así entendida, equivaldría por tanto a intentar describir la vida espiritual y apostólica del cristiano corriente, en cuanto que se despliega y crece en conexión con el trabajo y cuanto el trabajo implica.

b) Un sentido estricto, que hace referencia sólo al primero de los elementos del tríptico, en cuanto que contradistinto de los otros dos. Interrogarse por lo que significa santificar el trabajo equivale, ahora, a preguntarse por el sentido y el alcance con que puede decirse que el trabajo, en cuanto tal, puede y debe ser santificado.

En el hablar diario, las diferencias entre los dos sentidos indicados tienden a difuminarse y, de hecho, se pasa fácilmente de uno a otro. Al proceder así no se actúa de forma indebida, sino, por así decir, connatural, ya que, en la enseñanza del Fundador del Opus Dei, santificar el trabajo, santificarse en el trabajo y santificar con el trabajo “no son tres realidades yuxtapuestas, sino tres dimensiones de un fenómeno unitario: el vivir secular cristiano, en el que la unión con Dios y el servicio a los demás, la santidad y el apostolado presuponen la cumplida realización del trabajo y revierten sobre él”<sup>3</sup>. El ideal al

1 Referencias a los lugares en que el fundador del Opus Dei emplea esa frase, y comentarios a su contenido, en J.L. ILLANES, *La santificación del trabajo*, 10ª edición, Madrid, 2001, especialmente el capítulo 3, y *Ante Dios en el mundo. Apuntes para una teología del trabajo*, Pamplona, 1997; capítulos 2 y 6; F. OCÁRIZ, *El concepto de santificación del trabajo*, en *Naturaleza, gracia y gloria*, Pamplona, 2000, capítulo 12; P. RODRÍGUEZ, *Vocación, trabajo, contemplación* Pamplona, 1986; G. Faro, *Il lavoro nell'insegnamento del Beato Josemaría Escrivá*, Roma, 2000.

2 Sobre la relación entre trabajo y vida ordinaria en el mensaje y el modo de hablar del Beato Josemaría, ver J.L. ILLANES, *Ante Dios en el mundo*, cit., pp. 113-115.

3 J.L. ILLANES, *La santificación del trabajo*, cit, p. 86.

que convoca el Beato Josemaría no es a santificarse y santificar a los demás mientras se trabaja, sino a santificarse y santificar santificando el trabajo: "santificar el trabajo no es «hacer algo santo» mientras se trabaja, sino precisamente «hacer santo el trabajo mismo»<sup>4</sup>.

No obstante, la diferencia significativa y conceptual entre esos dos sentidos de la expresión es patente, y conviene no olvidarla, ya que, como ponen de manifiesto las frases que se acaban de citar, se deformaría por completo la enseñanza del Fundador del Opus Dei si se dejara en un segundo plano la referencia a la santificación del trabajo (en sentido estricto), para considerar sólo, o preferentemente, las otras dos tablas del tríptico. ¿Qué significa, pues, la santificación del trabajo, así entendida? ¿De qué forma y por qué vías puede hacerse santo el trabajo, en sí mismo considerado?

## DE LA SANTIDAD A LA SANTIFICACIÓN

La palabra «santidad» pertenece al lenguaje cristiano desde sus orígenes, ya que proviene de la Sagrada Escritura. Tanto el término hebreo *qadosh*, como el latino *sanctus*, provienen de una raíz que significa «cortar» e indican, por tanto, originalmente, lo distinto, lo separado. De ahí que pasara a indicar la infinita perfección y la absoluta trascendencia de Dios, alejado de todo pecado y de toda imperfección: "no hay Santo como Yahvéh"<sup>5</sup>. Pero la Escritura, a la vez que afirma con nitidez la trascendencia de Dios, proclama que ese Dios trascendente se acerca y se comunica con el hombre. De ahí que los textos bíblicos hablen de santidad en referencia a las realidades a través de las que Dios manifiesta su voluntad o a través de las que, de un modo u otro, se entra en relación con Él (los lugares

en los que Dios se reveló a Israel, la ley mosaica, el templo de Jerusalén y el culto que allí se desarrolla, etc.) y, especialmente, al hombre en cuanto que objeto del amor de Dios y receptor de sus dones.

Sintéticamente puede decirse que la santidad se predica ante todo de Dios. Después del hombre, en cuanto que participa de la vida de Dios y está llamado, en la gracia, a la plena comunión con Él. Finalmente, de una gama amplia y variada de realidades, también materiales, en cuanto que, de una forma u otra, quedan incorporadas a la relación entre Dios y el hombre, bien porque Dios se sirve de ellas para darse a conocer del hombre y atraerlo hacia Sí, bien porque el hombre las integra en su respuesta a la llamada divina, ordenándolas a Dios y llevándolas a Él.

Santificar el trabajo equivale, pues, a incorporar el trabajo –la acción de trabajar y el fruto que esa acción produce– en el interior de esa relación. El verbo «santificar» y el sustantivo «santificación» aluden a una acción en virtud de la cual una realidad, aquella a la que la acción se refiere, es hecha santa, elevada a la condición de santa. En ese sentido, el trabajo, considerado aisladamente y en abstracto –independientemente de su conexión con el sujeto–, no es en sí mismo santo sino que es hecho santo, es santificado por el sujeto cuando lo asume y realiza como elemento constitutivo de su vocación divina, en la que se integra, llegando a plenitud, su vocación humana. De hecho, el Beato Josemaría, que tanto habló de santificar la vida ordinaria y las actividades profesionales, al hablar del trabajo lo solía calificar no ya de santo sino de «santificable» y «santificador», adjetivos ambos que, desde perspectivas diversas, aluden al sujeto que, trabajando, se santifica y santifica su trabajar.

Dicho con otras palabras, y retomando lo que antes se afirmaba, la santidad, que viene de

4 F. OCÁRIZ, *El concepto de santificación del trabajo*, cit, p. 263.

5 1 S 2, 2

Dios, se comunica al hombre y desde el hombre, en cuanto que, unido a Dios, redundando en el trabajo, que es así vital e intrínsecamente santificado, es decir, llevado a aquella plenitud de la que es susceptible en cuanto actividad propia de un ser, el hombre, capaz de dominar el mundo y de abrirse, en ese mismo acto de dominar, a la comunión con los demás y con Dios. La perspectiva primera y fundamental para comprender el ideal de la santificación del trabajo es, en suma, una perspectiva personalista y teológica: la del hombre como persona y, más concretamente, como persona situada en el mundo. O sea, como ser hecho para una comunión con otras personas –las demás criaturas espirituales y Dios– a la que se abre no de espaldas al mundo sino asumiendo el mundo en actitud de amor, de servicio, de acción de gracias, de adoración.

De ahí la importancia decisiva –verdadero punto de partida para ulteriores consideraciones– de la intención con que se afronta el trabajo. De ahí que, en referencia a un conocido punto de *Camino* –“Pon un motivo sobrenatural a tu ordinaria labor profesional, y habrás santificado el trabajo”<sup>6</sup>–, haya podido decirse que encierra «una brevísima y esencial delimitación del concepto de santificación del trabajo, en forma de consejo práctico», ya que «la actividad de trabajar se hace santa cuando se realiza por un motivo sobrenatural»<sup>7</sup>.

#### PARA UNA DETERMINACIÓN DE LOS ELEMENTOS QUE IMPLICA EL IDEAL DE LA SANTIFICACIÓN DEL TRABAJO.

Las afirmaciones que acaban de hacerse adquieren todo su alcance y sentido si se tienen en cuenta dos consideraciones que subyacen a lo ya dicho, pero que conviene explicitar. La primera está relacionada con la antropología; la segunda, con la dogmática:

En una perspectiva antropológica conviene dejar claros la fuerza y el alcance que debe atribuirse al motivo o intención mencionada en los textos recién citados. El término debe, en efecto, ser entendido en el sentido fuerte y originario (en la lengua latina) del vocablo: no simple deseo, sino decisión profunda de la voluntad –más aún, de toda la persona– que se expresa en la acción y en el dinamismo que a esa acción imprime. Dicho con otras palabras, la referencia a la intención «no ha de entenderse como una especie de “moral de las solas intenciones” [sino como] una aplicación del principio del primado de la finalidad en la concatenación de las causas»<sup>8</sup>. La primacía, en el análisis de la acción, puede y debe recaer sobre el motivo, sobre el porqué se realiza una acción –y, concretamente en el caso que ahora nos ocupa, el trabajo–, ya que ese porqué, cuando es real y auténticamente asumido, influye de forma decisiva en el subsiguiente actuar; más aún, lo dota de fisonomía conformando y determinando la totalidad de los elementos y facetas que lo componen.

En segundo lugar, y pasando ya de la perspectiva antropológica a la dogmática, conviene recordar que ese influjo decisivo del motivo sobrenatural, y de cuanto ese motivo presupone –ordenación a Dios de toda la actividad–, no violenta ni desnaturaliza la naturaleza propia de la acción, ni de sus frutos, sino que los eleva, fecundándolos desde dentro y potenciando el dinamismo que los constituye. Creación y redención, naturaleza constitutiva de los seres y destino sobrenatural y eterno, no se contraponen, sino que se relacionan intrínseca y armónicamente. Lo cristiano no destruye lo humano sino que lo potencia. Más concreta y específicamente, las perspectivas sobrenaturales asumen las dimensiones de realización personal, de corresponsabilidad social, de solidaridad y de servicio, que son propias del trabajar humano, vivificándolas desde dentro con el es-

6 *Camino*, n. 359.

7 F. OCÁRIZ, o.c., p. 267.

8 F. OCÁRIZ, o.c., p. 267.

píritu que brota del sentido cristiano de la justicia y de la caridad.

A fin de, dando ya por sentado todo lo anterior, poner de manifiesto lo que implica en la práctica el ideal de la santificación del trabajo, cabe destacar, entre las muchas cosas que podrían decirse, cuatro aspectos fundamentales. Los expon-dremos acudiendo a textos del Beato Josemaría Escrivá y glosándolos de forma breve.

1º. *Perfección humana y competencia profesional.* Vivir el trabajo, la personal vocación humana como parte de la vocación divina, reclama, en primer lugar, esforzarse por alcanzar una adecuada madurez y perfección en lo estrictamente profesional, humano, técnico de la actividad laboral que se realiza y de la obra a la que esa actividad se ordena. «Para santificar la profesión, hace falta ante todo trabajar bien, con seriedad humana y sobrenatural», se lee en una de las homilias del Fundador del Opus Dei<sup>9</sup>. Y en *Camino*: «Oras, te mortificas, trabajas en mil cosas de apostolado..., pero no estudias. –No sirves entonces si no cambias. El estudio, la formación profesional que sea, es obligación grave entre nosotros»<sup>10</sup>. En una entrevista de prensa, concedida en 1967, explicaba:

Lo que he enseñado siempre –desde hace cuarenta años– es que todo trabajo humano honesto, intelectual o manual, debe ser realizado por el cristiano con la mayor perfección posible: con perfección humana (competencia profesional) y con perfección cristiana (por amor a la voluntad de Dios y en servicio de los hombres). Porque hecho así, ese trabajo humano, por humilde e insignificante que parezca la tarea, contribuye a ordenar cristianamente las realidades temporales–a manifestar su dimensión divina–y es asumido e integrado en la obra prodigiosa de la Creación y de la Redención del mundo: se eleva así el trabajo al orden de la gracia,

se santifica, se convierte en obra de Dios, *operatio Dei, opus Dei*<sup>11</sup>.

2º *Espíritu de servicio.* Amor a Dios y amor a los hombres se unen en el existir cristiano, ya que Dios nos ama y nos enseña a amar. Vivir el trabajo con actitud cristiana exige, por eso, vivirlo en actitud de amor y, por tanto, de servicio a quienes nos rodean. En suma, asumir y potenciar esa dimensión social que el trabajo de por sí tiene. El trabajo profesional, la tarea u oficio que todo hombre desempeña es, en cuanto tal, realidad comunitaria, quehacer que presupone la sociedad humana y se articula con ella y en ella, contribuyendo al progreso histórico, al mejoramiento de las condiciones de vida, al bienestar y a la cultura. Todo ello se refuerza, se hace más profundo y más exigente, cuando la profesión o tarea es vivificada por la caridad, que impulsa a trascender toda tendencia a la autosatisfacción y al egoísmo y a trabajar de forma que la labor realizada contribuya de hecho al bien de los demás. «Si el cristiano no ama con obras, ha fracasado como cristiano, que es fracasar también como persona. No puedes pensar en los demás como si fuesen números o escalones, para que tú puedas subir; o masa, para ser exaltada o humillada, adulada o despreciada, según los casos. Piensa en los demás [...] como en lo que son: hijos de Dios, con toda la dignidad de ese título maravilloso»<sup>12</sup>.

La perfección en el trabajo a la que impulsan la autenticidad humana y la vocación cristiana no consiste sólo en la perfección técnica, aunque la supone y exige, sino en algo más: la realización del trabajo según el espíritu cristiano, y por tanto, según el mandamiento de la caridad, de todo el conjunto de deberes y relaciones que del trabajo derivan. «Esta dignidad del trabajo –proclamaba el Fundador del Opus Dei

9 *Es Cristo que pasa*, n. 50.

10 *Camino*, n. 334 (*Consideraciones espirituales*, p. 34); ver también *Camino*, nn. 332 y 336 (ambos en *Consideraciones espirituales*, p. 34).

11 *Conversaciones*, n. 10; ver también n. 70.

12 *Es Cristo que pasa*, n. 36.

en una homilía pronunciada el 19 de marzo de 1963, festividad de San José— está fundada en el Amor. El gran privilegio del hombre es poder amar, trascendiendo así lo efímero y lo transitorio [...]. Por eso el hombre no debe limitarse a hacer cosas, a construir objetos. El trabajo nace del amor, manifiesta el amor, se ordena al amor»<sup>13</sup>. La «capacidad que podríamos llamar técnica —reiteraba poco después—, ese saber realizar el propio oficio, ha de estar informado por un rasgo que fue fundamental en el trabajo de San José y debería ser fundamental en todo cristiano: el espíritu de servicio, el deseo de trabajar para contribuir al bien de los demás hombres»<sup>14</sup>.

3. *Formación de la conciencia.* Cuanto se acaba de decir sobre el espíritu de servicio conduce, de modo directo, a la advertencia del papel decisivo que, en orden a la santificación del trabajo, juega la adecuada y seria formación de la conciencia. Precisamente, la intención sobrenatural, el deseo de vivir cristiana y humanamente el trabajo, no es una «buena intención», en el sentido peyorativo que con frecuencia se atribuye a esa expresión, un deseo etéreo e ineficaz, sino una decisión profunda de la voluntad —mejor, de toda la persona—, que reclama y provoca un dinamismo de la inteligencia con el fin de conocer cuanto pueda contribuir a orientar la acción y llevarla a término.

Fruto de ese dinamismo es, sin duda, la promoción de una debida competencia profesional, pero también —e inseparablemente— la formación ético-moral que permite juzgar adecuadamente no sólo sobre los medios, sino además —y ante todo— sobre los fines. De ahí la necesidad de un hondo conocimiento tanto de la ética propia de cada actividad profesional como de la teología moral y de la doctrina social de la

Iglesia, que constituyen bagaje imprescindible para una actuación cristianamente criteriada, para la conformación de personalidades que puedan acoger cumplida y sinceramente las palabras que en una de sus *Cartas*, escribía el fundador del Opus Dei:

El trabajo ordinario, en medio del mundo, os pone en contacto con todos los problemas y preocupaciones de los hombres, puesto que son vuestras mismas preocupaciones y vuestros mismos problemas: sois cristianos corrientes, ciudadanos como los demás. Vuestra fe os tiene que guiar, al juzgar sobre los hechos y las situaciones contingentes de la tierra. Con plena libertad obraréis, porque la doctrina católica no impone soluciones concretas, técnicas, a los problemas temporales; pero sí os pide que tengáis sensibilidad ante esos problemas humanos, y sentido de responsabilidad para hacerles frente y darles un desenlace cristiano<sup>15</sup>.

4. *Conciencia de la cercanía de Dios y actitud contemplativa.* La santificación del trabajo tiene —acabamos de insistir en ello— dimensiones ética, pero no es una realidad exclusivamente ética: tiene también —y básica e incluso primordialmente— dimensiones teológicas. Presupone una profundización viva y personal en una de las verdades cristianas fundamentales: la cercanía amorosa de Dios. Dios no es un ser lejano, insensible a las esperanzas, preocupaciones y afanes de los hombres, sino un Padre que ama infinitamente, que tiene presentes a todas y cada una de sus criaturas, que ha manifestado ese amor y ese cuidado enviando a la tierra al Hijo y al Espíritu para que, obrando en los corazones, conduzcan el mundo entero hacia Él. Y se expresa, como fruto de esa profundización, en cuanto revela la fe, en conciencia de la cercanía divina y, por tanto, en trato filial y confiado con Dios en todo momento, tomando ocasión del acontecer —mejor, alimentándose del acontecer— también del trabajo y de las incidencias que lo acompañan.

13 *Es Cristo que pasa*, n. 48.

14 *Es Cristo que pasa*, n. 51.

15 *Carta 15-X-1948*, n. 29.

«Estando plenamente metido en su trabajo ordinario, entre los demás hombres, sus iguales, atareado, ocupado, en tensión, el cristiano –afirma el fundador del Opus Dei en una homilía– [el cristiano] ha de estar al mismo tiempo metido totalmente en Dios»<sup>16</sup>. Y en otra ocasión: «La vida cristiana debe ser vida de oración constante, procurando estar en la presencia del Señor de la mañana a la noche y de la noche a la mañana. El cristiano no es nunca un hombre solitario, puesto que vive en un trato continuo con Dios, que está junto a nosotros y en los cielos»<sup>17</sup>.

En la enseñanza del fundador del Opus Dei, trabajo y oración se unen, y se unen hasta tal punto que desembocan en esa cúspide que es una vida contemplativa en medio del mundo, en las ocupaciones del vivir diario y, por tanto, también en el trabajar. La interconexión entre las dimensiones teologales y las seculares del vivir cristiano tiene aquí una de sus mayores realizaciones, como lo manifiesta un texto que

merece la pena citar entero, cerrando con él esta exposición:

El trabajo, que ha de acompañar la vida del hombre sobre la tierra, es para nosotros a la vez el punto de encuentro de nuestra voluntad con la voluntad salvadora de nuestro Padre celestial. Os digo una vez más: el Señor nos ha llamado para que, permaneciendo cada uno en su propio estado de vida y en el ejercicio de su propia profesión u oficio, nos santifiquemos todos en el trabajo, santifiquemos el trabajo y santifiquemos con el trabajo. Es así como ese trabajo humano que realizamos puede, con sobrada razón, considerarse *Opus Dei, operatio Dei*, trabajo de Dios [...]. Almas contemplativas en medio del mundo: eso habéis de ser siempre para asegurar vuestra perseverancia, vuestra fidelidad a la vocación recibida. Y en cada instante de nuestra jornada, podremos exclamar sinceramente: *loquere, Domine, quia audit servus tuus* (1 S, 3, 9); habla, Señor, que tu siervo escucha. Dondequiera que estemos, en medio del rumor de la calle y de los afanes humanos—en la fábrica, en la universidad, en el campo, en la oficina o en el hogar—, nos encontraremos en sencilla contemplación filial, en un constante diálogo con Dios<sup>18</sup>. ■

16 *Es Cristo que pasa*, n. 65.

17 *Es Cristo que pasa*, n. 116.

18 *Carta 11-III-1940*, n. 15.